

Seminario Concordia  
C. Correo 5  
1655 J. L. Suárez  
Bs. As. - Arg.

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
La estructura y función de la Iglesia Cristiana	1
La Confutación Pontifical.....	15
Estudio Exegético .....	22
Bosquejos para Sermones.....	34

Publicado por  
La Junta  
Misionera  
de la  
Iglesia  
Evangélica  
Luterana  
Argentina

bién aprobó el recurso de este artículo al Concilio de Nicea, pero añadió que ahora el emperador debía amonestar a los estados confesores a aceptar todo lo demás que enseñaba la Iglesia Católica, aunque no se hallara verbalmente en las Escrituras, como por ejemplo, la misa, el ayuno cuadregesimal, la invocación a los santos, etc.; pues en las Escrituras la fraseología en cuanto a la doctrina acerca de la Trinidad es tan escasa como la de los puntos ya citados. Además, que los llamara a reconocer dicho Sínodo de Nicea en todas partes, y así retener también los grados jerárquicos con sus poderes; que los amonestara a obligar a sus predicadores y maestros a retractar todo lo que habían dicho y escrito contra ese Sínodo, especialmente a Lutero y Melancton, sus difamadores públicos. Rehusar retractarse invalidaría su recurso a ese Sínodo y mostraría que sólo era un medio de decepción. Finalmente, debían ser amonestados a no creer a sus maestros en lo que estuviera en contra de las declaraciones de la católica Iglesia. Tal era la forma de que estaba revistada la primera forma de la Confutación. Por todos lados se observaba la tendencia de exagerar las diferencias, hacer injustas inferencias, sospechar a sus contrincantes y desacreditarlos con el emperador y la mayoría. Este no fué el caso en la respuesta que por fin se leyó". (37.)

## ESTUDIO EXEGÉTICO — PRÁCTICO DE 1 Cor. 1

(Trabajo presentado por el P. O. E. Sohn y traducido por D. S.)

### *I n t r o d u c c i ó n*

En su segundo viaje misional, alrededor de los años 52-53, San Pablo, el valeroso y fiel portador de la doctrina del Evangelio, llegó también a Corinto, ciudad famosa por sus costumbres licenciosas y corrompidas, para alzar allí la bandera del Rey Celestial. Eso no fué, en manera alguna, una empresa fácil, sino algo que llenó aun a este luchador probado como valiente, con temor y temblor. (Cf. cap. 2:3).

Mas este testigo de Cristo Jesús inicia su labor con santo celo, aunque con cierto temor al principio. El halla alojamiento

en el hogar de los hebreos Priscilla y Aquila, pareja de desplazados de Roma por la persecución del emperador Claudio. Pablo trabaja durante la semana en su oficio, pero los sábados va a la sinagoga y pide a judíos y griegos que acepten la salud en Cristo, principalmente después que llegaron, desde Macedonia, Silas y Timoteo. Cuando los judíos comienzan a oponérsele y blasfemar, San Pablo renuncia a ellos, y trasladando su cátedra cristiana de la sinagoga al domicilio del converso Justo, se dirige ahora con buen éxito a los gentiles. Numerosos corintios son convertidos y bautizados. La labor evangelizadora es difícil, por cierto. Por esa razón, una cierta noche, el apóstol tiene una visión del Señor de la Iglesia, el cual le dirige estas consoladoras palabras: "No temas, sino habla, y no guardes silencio; porque estoy yo contigo, y nadie te acometerá para maltratarte; pues que mucho pueblo tengo en esta ciudad." (Hech. 18:9-10) — Con renovado entusiasmo el apóstol prosigue su labor. Durante dieciocho meses él esparce la simiente viva de la Palabra de Dios sobre aquella tierra dura y áspera. Más, he aquí ¡el éxito! La obra progresa, crece el número de creyentes, se va formando una floreciente congregación, formada de creyentes judíos, y mayormente de gentiles conversos quienes provienen de las clases humildes. El Evangelio se afirma, pues, también en esta ciudadela del enemigo maligno. Mas el apóstol no quiere radicarse en Corinto. El es un predicador itinerante, un explorador, y no un pastor sedentario. Por lo pronto el apóstol quiere ir a Jerusalén para asistir allí a los festejos, y luego retornar al campo de labor. Así pues se embarca, luego de un año y medio de actividad, juntamente con Aquila y Priscilla, en viaje hacia Jerusalén. Su labor, tras breve interrupción, es proseguida por el joven, fogoso y elocuente Apolo.

Poco después de haberse ausentado el apóstol, el enemigo maligno emprende renovados y tumultuosos ataques contra la joven congregación para reconquistar el terreno perdido. Y en parte logra su objetivo. Toda clase de inconvenientes surgen en la congregación, inconvenientes que le producen muchas preocupaciones al padre espiritual de esa congregación. Entre los miembros se producen cismas; se relaja la disciplina eclesiástica; reina indiferencia frente a los pecados de impudicia; hay feligreses que enjuician a sus hermanos en la fe ante los tribunales paganos;

otros hay quienes participan en los banquetes de los sacrificios paganos; las mujeres negligentes; las buenas costumbres en los cultos públicos; la Santa Cena es profanada por los abusos y por la vulneración del amor fraternal; los maravillosos dones carismáticos no siempre son empleados para la edificación de la congregación; algunos aún niegan la resurrección de entre los muertos. En la congregación se manifiestan el orgullo, la egolatría y la arrogancia.

De situación tan triste fué informado el apóstol por ciertos miembros de la congregación de Corinto. Aparte de esto, la congregación había dirigido un escrito al apóstol pidiéndole consejo e información sobre determinadas cuestiones difíciles. (Cf. Cap. 7:1; 8:1; 12:1). Inducido por ambos motivos, el apóstol dirige a la congregación la primera Epístola, con el fin de quitar el daño en lo posible y, al mismo tiempo, propugnar la unión y santificación requeridas por Dios. De esa Epístola seleccionamos el primer capítulo, a fin de aplicar en nuestra vida congregacional las enseñanzas y consejos que el sagrado escritor presenta. Trataremos este capítulo de acuerdo a la siguiente división:

- I. Dedicatoria y saludo, vs. 1-3; \*
- II. Reconocimiento agradecido por los dones de gracia confiados a los corintios, vs. 4-9;
- III. Reprensión del partidismo, vs. 10-31;
  1. Amonestación general hacia la unión y reprimenda en cuanto a los cismas, vs. 10-17a;
  2. Alabanza del poder del Evangelio, el cual destruye toda vanagloria humana, frente a aquellos, quienes preferían la dialéctica erudita al sencillo mensaje de la cruz, vs. 17b-30; ese poder del Evangelio es reconocible:
    - a. de la Sagrada Escritura, vs. 19-20a;
    - b. de la experiencia en general, vs. 20b-25;
    - c. de la condición de la congregación de Corinto, vs. 26-30.
  3. Por eso, ¡Gloria a Dios solamente!, vs. 31.

#### I. DEDICATORIA Y SALUDO, vs. 1-3.

“Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Sóstenes nuestro hermano, a la Iglesia de Dios que está en Corinto, es decir, a los santificados en Cristo Jesús, lla-

mados a ser santos, juntamente con todos los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: Gracia a vosotros y paz, de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo”.

El autor comienza la carta con la mención de su propio nombre. Así queda identificado con precisión el autor de la epístola. No es ningún otro que el gran apóstol entre los paganos, Pablo, el cual fundó y temporariamente cuidó de ella, por la gracia de Dios, unos años antes. El hecho que él anteponga su nombre no lo hace culpable de egolatría, antes bien siguió el estilo epistolar de aquella época. Así leemos, por ejemplo, en Hechos, 13:23: “Los apóstoles y los ancianos y los hermanos, a los hermanos de entre los gentiles”. Aún más resalta ese estilo en la cita siguiente, Hech. 23:26: “Claudio Lisias, al excelentísimo gobernador Félix, salud.” También tiene buena razón por la situación en Corinto, el hecho de que Pablo acentúe de entrada su oficio apostólico. Pues desde Palestina llegaron a Corinto judíos cristianos, los cuales ponían en tela de juicio el apostolado de Pablo, alabándose en cambio ellos mismos y contribuyendo así, en parte, a los cismas en la congregación. Mucho tiene que decirles más tarde el apóstol a éstos. (Cf. 1 Cor. 9:1-2; 15:8-10; 2 Cor. 10-13). Así es que, en parte, para fortalecerse a sí mismo, en parte para procurarse atención y obediencia, el apóstol acentúa de entrada que él es un enviado, un embajador. Y no se llama simplemente un apóstol, sino un apóstol llamado. El no se había arrogado arbitrariamente ese oficio, él no había entrado subrepticamente en la congregación, según la modalidad de los falsos profetas, tampoco había recibido de hombres o por medio de hombres su oficio, (Gal. 1:1). sino de Jesucristo y por voluntad de Dios. Por Jesucristo y la voluntad de Dios fué llamado al apostolado. Su llamada y la voluntad de Dios estaban sincronizados cronológicamente y objetivamente. Aquella vez cuando Jesús le apareció en el camino a Damasco, le dijo expresamente: “Para esto te he aparecido para constituirte ministro mío, y testigo . . . librándote del pueblo, y de los gentiles a quienes te envío.” (Hech. 26:16-18). Así también lo declaró Ananías en aquella hora solemne, cuando, imponiéndole las manos y devolviéndole la vista, le dijo expresamente: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para

que conozcas su voluntad y veas a aquel Justo, y oigas una voz de su boca. Porque has de ser testigo suyo a todos los hombres." (Hech. 22:14-15). Sí, él era apóstol, apóstol llamado, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, apartado y llamado desde el seno de su madre por la gracia de Dios, para que proclamase entre los paganos el Evangelio de Cristo. (Gal. 1:15-16). Por esa razón nadie debe poner en duda la genuinidad de su apostolado, sino reconocerlo. En ese reconocimiento él se basa al dirigirse a sus conciencias.

En esto radica una enseñanza saludable para nosotros, seamos pastores, maestros o miembros de una congregación cristiana. También tienen un llamado divino los pastores y maestros cristianos, ciertamente no un llamado inmediato como los apóstoles, sino uno mediato. No un llamado de los hombres, pero sí por medio de los hombres y por la voluntad de Dios. Cuando desde una congregación cristiana sale un llamado dirigido a un pastor o un maestro, entonces creemos que es un llamado divino. Estamos seguros que Dios lo dispuso así. Del Redentor ascendido se dice, en Efesios, 4:11-12: "Y constituyó a algunos apóstoles; y a otros, profetas; y a otros evangelistas, y a otros, pastores y maestros; para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo." Los ministros de la Palabra no solamente somos servidores de nuestras congregaciones, sino siervos de Cristo y administradores de los misterios de Dios. (1 Cor. 4:1). Cuando tratamos oficialmente con nuestros feligreses, entonces Dios trata por nuestro intermedio. Lo mismo vale de los presbíteros, los cuales no son llamados, sino que son elegidos por la congregación, para ayudar a los ministros de la Palabra en la ejecución de su elevado cargo. Cuando esos presbíteros, de acuerdo a su promesa, cumplen con su deber, amonestando, rogando, previniendo y consolando, entonces también ellos lo hacen con autoridad divina. De ninguna manera debemos tratar de enseñorearnos sobre nuestras congregaciones en virtud de nuestro oficio. El Evangelio no tolera ninguna clase de jerarquía, pues la congregación misma es la que recibió el oficio de las llaves y, por medio del llamado, transfiere la ejecución de ese oficio a los ministros de la Palabra. Es, por cierto, indicado y saludable, si en algún sermón o en la escuela hablamos del poder y la digni-

dad de nuestro oficio. Hacer eso es nuestro sagrado deber. Y aún más deberemos acentuar esa verdad cuando deben ser quitados y sanados daños en la congregación. Cada hijo de Dios debe saber: Así habla Dios, y no el pastor, el maestro o el presbítero. (Luc. 10:16).

A su propio nombre agrega Pablo el de Sóstenes: "Y Sóstenes nuestro hermano." No era este un hermano carnal de Pablo, tampoco un colega, —pues no era apóstol—, sino un ayudante. Tampoco era Sóstenes coautor de esta Epístola, aunque se admite que Pablo comentó con él su contenido y que contó con su aprobación en cuanto a lo dicho. Era pues un hermano en la fe, compañero y ayudante de Pablo en Efeso en aquella época, y aun es posible que sirvió al apóstol como secretario en el escrito de esta Epístola y que enviase sus saludos a la congregación de Corinto. Es posible, aunque no se puede demostrar, que se trata del mismo Sóstenes que fué maltratado impunemente por los judíos ante el tribunal de Gallio, y por lo tanto fuese conocido de los corintios. La Biblia de Weimar concede esa posibilidad. Empero el nombre aparece tan sólo dos veces en la Biblia, sin que se dé una aclaración sobre esta interrogante.

Versículo 2: "A la iglesia de Dios que está en Corinto, es decir, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, juntamente con todos los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y el nuestro." — Se dirige esta epístola, en primer término, a los creyentes de la congregación de Corinto, a la cual Bengel llama una alegre y maravillosa paradoja. La palabra congregación (comunidad) tiene varios significados en el texto original. Traducido exactamente, significa un grupo de personas, aun uno puramente mundano o civil, llamado afuera. En Hechos 19:32, 41, designa al populacho, el cual repetía durante horas, en el teatro de Efeso el grito: "¡Grande es Diana de los efesios!" En Hechos 7:38 se designa con esa palabra a todo el pueblo de Israel que recibió la Ley al pie del monte Sinai. En su sentido cristiano se usa ese término en relación con cualquier asamblea religiosa, así, por ejemplo, en 1 Cor. 14:19. En Mateo 18:17 se refiere a la congregación local; en Mateo 16:18 y Efesios 5:25 se refiere a la totalidad de los creyentes en el mundo, o sea, la comunión de los santos. En nuestro texto se refiere a la gente de Corinto, judíos y genti-

les, quienes habían sido llamados fuera por el Evangelio predicado por Pablo y Apolo, de las tinieblas del judaísmo y del paganismo, y quienes ahora se congregaban en la maravillosa luz de la gracia divina y habían formado la congregación cristiana local.

La iglesia de Dios los llama Pablo. No pertenecían ellos a Pablo, Apolo o a Pedro, ni a ningún otro hombre, sino que pertenecían a Dios. Dios era su Señor, su originador, su fundador, su dueño y sostenedor. Aun lo era ahora. Aunque aquella congregación contaba en su medio a miembros indignos, por ejemplo, aquellos incestuosos que se mencionan en el 5º capítulo; aun cuando la mayoría de los miembros se comportaban como niños indóciles, no por eso habían anulado su existencia como congregación cristiana, pues la Palabra y los sacramentos remanecían en su medio. También es digno de tenerse en cuenta que Pablo no se dirige a ésta o aquella facción, sino al total de la congregación. El apóstol no es un caudillo sectario, que sólo pretende mantener su supremacía, sino que es el padre amante que se aflige por cada uno de sus hijos enfermos y trata de auxiliarlos. Al llamarlos iglesia de Dios, el apóstol coloca la base para la amonestación cordial hacia la unión, amonestación que pronto sigue.

Además, designa a los miembros de la congregación de Corinto como "los santificados en Cristo Jesús" y "llamados a ser santos". Pasando del singular al plural, el apóstol se dirige al individuo en la congregación. Es significativo que ambas expresiones están en modo pasivo. Pablo no habla de lo que *ellos* habían hecho, sino de lo que *Dios* había efectuado en ellos. No fueron ellos, sino que fué Dios el que los había santificado y llamado. No tomamos estos conceptos en un sentido limitado, sino en uno amplio. No habla aquí el apóstol de la santificación en sentido particular, de la vida piadosa y las buenas obras. —muchas imperfecciones se notaban en ese aspecto en aquella congregación—, sino que él habla de toda la obra del Espíritu Santo, de la santificación en el sentido más amplio. Dicho en otras palabras, en esas expresiones va comprendida también la justificación por la fe. El Dr. F. Pieper, en su Dogmática, III, 1.2., escribe: "Tomada en un sentido amplio, la palabra *santificación* comprende toda la obra del Espíritu Santo, por la cual



El aparta al hombre del pecado y lo apropia de nuevo a Dios, para vivir y servirle a Dios. En tal sentido la santificación significa el don de la fe y de la justificación, la santificación como un cambio interior del ser humano, la preservación en la fe y la renovación total en el Día Postrero. . . "El hecho que los cristianos sean "llamados a ser santos", 1 Cor. 1:2, proviene *primo loco* también de la justificación por la fe. Asimismo en 1 Cor. 6:11 se remite el "habeis sido santificados", por cuanto está entre el "habéis sido lavados" y "habéis sido justificados", a la justificación. Por tal motivo el apóstol se dirige a los corintios como santificados "en Cristo Jesús". Por la comunión en la fe con Cristo, efectuada por el Espíritu Santo, ellos habían alcanzado la redención por su sangre. En Cristo, y en virtud de la justicia de Cristo que ellos se apropiaron por la fe, estaban ante Dios como santificados, como santos. En tanto que eran creyentes en Cristo, ellos estaban ante Dios sin pecados, a pesar de sus deficiencias. Ellos son "llamados a ser santificados". El énfasis recae aquí sobre "llamados". Así como Pablo llegó a ser apóstol por el llamado de gracia divino, y no de sí mismo o por los demás hombres, así también los corintios, no de sí mismos o por otros hombres, sino por Dios fueron santificados y hechos santos. El llamado de gracia de Dios se había demostrado eficaz en ellos por medio de la proclamación del Evangelio. Aun cuando el cristianismo de ellos dejaba mucho que desear, aun cuando el apóstol debía usar de palabras severas, sin embargo ellos continuaban siendo considerados como congregación de Dios, como santificados en Cristo Jesús y santos llamados.

De todo esto podemos extraer una doctrina importantísima y de actualidad. No debemos doblar la vara de justicia sobre cualquier congregación cuando notamos en ella toda clase de deficiencias. Por cierto debemos reprender y exigir corrección pero mientras tenga en su medio la Palabra y los Sacramentos, es y debe tratársela como congregación de Dios. Vale esto también para aquellos que se mantienen alejados de una congregación cristiana, opinando que hay demasiado hipócritas en la Iglesia. Vale también para aquellos miembros que se muestran desanimados y murmuradores porque se sigue tolerando en el seno de la congregación a éste o aquél que alguna vez había causado escándalo. Es lamentable cuando miembros en la congregación

asumen el papel del hermano del hijo pródigo, negándose a reintegrar al arrepentido. Cuidense los tales, no vayan a desperdiciar, por su orgullo y presunción, su propia salud eterna.

Pero no solamente de los corintios se acordaba el apóstol en esa dirección, pues Dios tenía aun otros hijos, aparte de ellos, en aquella región. A estos los incluye el apóstol, prosiguiendo: "juntamente con todos los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y el nuestro". Es sorprendente que el apóstol emplee una expresión nueva. Objetivamente no existe diferencia entre los santificados y aquellos que invocan el Nombre del Señor Jesucristo. Indudablemente el apóstol se acuerda de tales personas que invocan al Señor en espíritu y en verdad, y quienes, por lo tanto, son santificados y santos. A la pregunta por qué el apóstol emplea aquí este término nuevo, contesta Lenski acertadamente: "Cuando se nos comina a que nos examinemos, entonces puede exigirse de nosotros que examinemos nuestro corazón. Pero si queremos observar a los demás, entonces no debemos juzgar los corazones, sino que debemos poner nuestra atención en la confesión que ellos emiten al invocar el Nombre del Señor." (P. 26).

¿De quiénes se acordaría el apóstol Pablo? Algunos exégetas sostienen, si bien arbitrariamente, que esas palabras del Apóstol se refieren tan sólo a los cristianos de Acaya, (2 Cor. 1:1), tal vez también a los de Efeso. Si bien es cierto que la Epístola fué dirigida primordialmente a los corintios, sin embargo nada obsta para que pensemos en todos los creyentes, la cristiandad en la tierra. De ésta eran una parte los corintios y ellos debían esforzarse para lograr una completa unión entre todos. San Pablo se incluye a sí mismo y a Sóstenes, incluye a los creyentes de Corinto, Acaya y Efeso, incluye a los creyentes de todas las épocas y del mundo entero, por lo tanto también a nosotros, cuando él ahora invoca sobre los corintios la bendición apostólica: "Gracia a vosotros y paz, de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo."

Más, no podemos evitar un breve paréntesis, y aplicarnos lo recién oído. Ante todo nos causa extrañeza que el apóstol designe como iglesia de Dios, como santificados en Cristo Jesús, como llamados a ser santos, a esos hijos indóciles, a los cuales reprende severamente a lo largo de toda la Epístola. Mas el apóstol no

les niega ese título honorífico, pues ellos aun tenían el verdadero fundamento, pues la Palabra y los Sacramentos todavía estaban en boga en esa congregación. De esto deducimos, en primer lugar, como ya fué mencionado, que no debemos denegar a nuestras congregaciones el cristianismo, si algunas veces irrumpen en ellas malestares que debemos reprender y corregir seriamente. Enfermas son tales congregaciones, pero no muertas. Una congregación cesa de ser una congregación de Dios, sólo entonces, cuando como congregación rechaza el Evangelio salvador. Por lo tanto no deberíamos doblar sobre una congregación (enferma) la vara de la justicia, sino amonestarla con simpatía y seriedad, y recordarle, sobre todo, el alto honor que posee como iglesia de Dios. No debemos temer que gente deshonesta podría abusarse de nuestro proceder evangélico, y que ese proceder podría resultar en un daño en vez de redundar en beneficio. El Dr. Walther dijo cierta vez en un sermón pascual, que en el día de Pascuas siempre se producía en su interior una gran lucha. Dijo: "Veo cuánta tibieza y desidia se halla entre nosotros en cuanto a la preocupación por la salvación de nuestras almas. . . Veo a tantos que abusan indiferentemente del Evangelio de la gracia. . . Todo esto origina en mí esta intención: Callaré el grande consuelo; pues ese consuelo sólo les dañaría aún más. Pero finalmente oigo dentro de mí esto: ;Tú no puedes callarlo! Dios mismo no lo calló, sino que El reveló la abundancia de Su gracia, aunque bien sabía que muchos abusarían de ello. Dios, en su manifestación, tuvo en cuenta a aquellos que necesitan consuelo. . . Por eso, imitando a Pablo, nada quiero ocultaros, sino proclamaros todo el consejo de Dios referente a nuestra bienaventuranza, quiero comunicaros todo el consuelo que Dios nos comunica tan abundante y liberalmente. Los pecadores angustiados lograrán así la paz, los espíritus piadosos ganarán en piedad, y los hipócritas, entretanto, nada aprovecharán; pues el testimonio de su conciencia, aunque dormido muchas veces, igual tendrá que despertar alguna vez." (Ev. Post. p. 159). Así debemos consolarnos también nosotros, cuando observamos las muchas deficiencias en nuestras congregaciones y en nosotros personalmente, cuando nos preguntamos llenos de temor si aun somos la Iglesia y los hijos de Dios. Nos consolamos al pensar que ni aun las congregaciones de la era apostólica eran perfectas,

y sin embargo fueron llamadas iglesia de Dios y santificados en Cristo Jesús por el inspirado apóstol. No es el perfeccionamiento en la vida y los quehaceres lo que hace el carácter de la Iglesia de Cristo, sino que es la sujeción a la doctrina pura. Esto lo sostenemos también frente a aquellos que abandonan o no quieren adherirse a una congregación cristiana, aduciendo que en la misma hay numerosas y graves deficiencias.

Y ahora el saludo: "Gracia a vosotros y paz, de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo". Este saludo lo encontramos literalmente en otras seis epístolas de Pablo, si bien con mínimas variantes no esenciales. Bajo gracia entendemos la disposición remisiva de Dios, el don mayor que pueden disfrutar los hombres. La palabra paz puede tener un significado triple: puede referirse personalmente al sentimiento de paz de Dios para con los hombres, o puede referirse al estado de paz con Dios, en el cual nos hallamos por la fe, o puede referirse a nuestra paz interior, la cual procede de ambos. Lutero escribe: "Por lo tanto, estas dos partes, gracia y paz, comprenden toda la esencia cristiana. La gracia significa el perdón de los pecados, la paz significa una conciencia tranquila y feliz... Por eso San Pablo tiene la modalidad de incluir siempre en su salutación la gracia y la paz, para que puedan resistirse al pecado y la mala conciencia. (Comentario a la Esp. a los Gálatas). Lutero explica pues la palabra paz como paz interior de nuestro corazón. El Dr. F. Pieper, en cambio, escribe en su Dogmática II, 5.6: "La palabra paz, enunciada por Dios y concerniente a los hombres pecaminosos, significa por de pronto el sentimiento clemente de Dios, clemencia que Dios tiene en sí para con los hombres pecadores por causa de Cristo, y la cual consiste en el hecho de que Dios, en su corazón, ante su foro interno, no toma en cuenta los pecados de los hombres, sino que se los perdona. Así lo notamos en la fórmula de salutación en las cartas pastorales. Para Pablo la gracia es por de pronto el sentimiento personal de Dios. Por otra parte, también la palabra paz designa en esta conexión el sentimiento personal de Dios. Hablando con propiedad, la palabra paz no significa aquí tanto el estado de paz en el que estamos nosotros para con Dios, sino más bien el estado de paz objetivo, en el cual Dios se encuentra, por causa de Cristo, con los hombres, lo cual disfrutan los hombres en tanto lo creen. Gracia, paz y compasión, relativamente, designan por igual es-

tados objetivos en Dios, los cuales están presentes *antes* de la fe de los hombres y los cuales éstos se apropian por la fe." En la práctica es innecesario formular la diferencia con tanta exactitud. Para los corintios ya estaban presentes la gracia y la paz en el corazón de Dios. Sólo desea el apóstol que también en el futuro ellos puedan participar de esos dones y alcanzar una conciencia tranquila. Eso no era solamente un deseo piadoso, sino ofrecimiento y participación de gracia y paz por parte de Dios, sino que también los concede a los que creen. Vale esto también para nosotros, y debemos recordarlo cuando meditamos la Palabra de Dios en nuestro hogar o en la iglesia, cada vez que se nos pronuncia la salutación apostólica o la bendición. Dios nuestro Padre y nuestro Señor Jesucristo vienen a nosotros en ese instante para llenar nuestros corazones quebrantados con gracia y paz. Por eso tampoco nosotros queremos retirarnos de la iglesia antes que se nos pronuncie la bendición.

---

### ¿SABIA USTED QUE?

¿Sabía Ud. que en Norteamérica se están formando dos grandes iglesias luteranas mediante la fusión entre varias iglesias luteranas? Tal fusión, llamada en inglés "merger", se prepara por una parte entre las siguientes iglesias: La Iglesia Luterana Unida de América, la Iglesia Luterana Augustana, la Iglesia Americana Evangélica Luterana y la Iglesia Evangélica Luterana Finlandesa, y por la otra parte entre la Iglesia Americana Luterana, la Iglesia Evangélica Luterana y la Iglesia Evangélica Luterana Unida. Se cree que la primera unión podrá haber sido consumada en el año 1961. Su resultado sería una nueva iglesia luterana de más de 3 millones de almas. La otra fusión también en vías de gestarse crearía un cuerpo eclesiástico luterano de 2 millones de miembros.

¿Sabía Ud. que la iglesia de los Mormones cuenta actualmente con 170.000 miembros?